

ENRIQUE TIERNO GALVAN  
HABLA DE SOCIALISMO

**SI, A LA DEMOCRACIA**

**SI, AL ORDEN PUBLICO**

Declaraciones del Profesor Tierno Galván  
a la revista madrileña "CRIBA", núm. 53,  
extraordinario, de 12 de junio de 1971.

**CRIBA.**—En estos momentos en que la palabra socialismo está entre las más frecuentadas en nuestra política nacional, a veces en boca de personas de las que tan sólo hace unos años, no podía sospecharse su utilización; ante este panorama, que no deja de ser confuso, ¿qué opina usted como socialista?

PR. TIERNO GALVAN.—La palabra socialista se ha ido convirtiendo en un término ambiguo y equívoco, quizá porque la misma teoría socialista se ha extendido, penetrando como ideología, pero no como práctica. Ocurre, a mi juicio, con las doctrinas que tienen un valor universal, que cuando pierden su dimensión práctica —incluida su posibilidad de organización—, quedan como una actitud puramente estética, cuando no se trata de una actitud encubridora de intereses materiales, directamente económicos. Ocurre, entonces, paradójicamente, que la palabra socialismo se convierte en una mercancía más de la sociedad que el propio socialismo quiere sustituir. Introducir claridad es muy necesario, pero hay que admitir también que es muy difícil. Las condiciones no permiten mucha claridad, porque las posturas teóricas no están contrastadas por una práctica organizada.

En tanto que el socialismo no está organizado y tiene una función política explícita, no se puede poseer una conciencia clara de lo que representa. El Socialismo como concepción política sólo se entiende bien cuando se tiene experiencia de su práctica.

**CRIBA.**—La idea socialista suele tener, entre sus detractores, argumentaciones de críticas fundadas en la base de que las condiciones de su aparición han variado y que el capitalismo ha sabido absorber las deficiencias originarias de la industrialización. ¿Hasta qué punto el socialismo que usted preconiza se enlaza con el pasado clásico?

PR. TIERNO GALVAN.—Los clásicos del socialismo son para nosotros clásicos, pero no son nuestro catecismo. Esta podría ser una afirmación inicial rotunda. Los socialistas hoy se caracterizan porque no siguen una línea definida por lo que dijo Marx o Lenin, como si sus palabras tuviesen el valor de una afirmación religiosa. El socialismo es una ideología en la prác-

tica, pero no una creencia. Tiene una base metodológica —el materialismo histórico— que da pie a diversas actitudes, definidas por la práctica en cada situación, sin olvidar una idea básica: la socialización de los medios de producción. Quien no sostenga esta idea, no se puede llamar socialista.

**CRIBA.**—¿Pero qué sentido práctico tiene afirmar que es precisa la socialización de los medios de producción, cuando se dice que los clásicos no son un catecismo?

PR. TIERNO GALVAN.—La socialización de los medios de producción es un procedimiento que no se puede realizar tal como se pensaba en 1848; es un fin al que hay que llegar, pero no se puede acceder a él únicamente como lo preveían los clásicos. El proceso socialista tiene ciertos caracteres utópicos, en cuanto sus fines no son hacederos de modo inmediato. La socialización de los medios de producción, dentro de una sociedad de estructura capitalista, es, a mi juicio, un criterio que peca de contradictorio. No se puede, por otra parte, saltar de modo absoluto de una sociedad de consumo, con su estructura pareja, a un sistema socialista, en el que no existan clases y se haya establecido un sistema de recompensas que no esté definido por la oferta y la demanda. Junto a la necesidad de socializar los medios de producción, hay que reconocer que las pretensiones de lograrlo súbitamente no son factibles hoy en Europa y, por consiguiente, en España.

**CRIBA.**—¿Cuál es, entonces, el camino de la socialización, una vez consideradas las dificultades circunstanciales?

PR. TIERNO GALVAN.—Sólo hay, a mi entender, un camino viable, por ahora (me continúo refiriendo a Europa), que es aplicar no el método revolucionario violento, sino el de la democracia, para que a través de ella se pueda acelerar la socialización efectiva y llegar a la sociedad sin clases. La solución democrática permite que la idea socialista se extienda, a través de la competencia electoral, pudiendo acceder al Poder, con un socialismo municipal, profesional, etc. De este modo se incorporarían a la vida socialista enormes sectores marginados respecto de nuestras ideas.

**CRIBA.—¿Supone este abandono de la vía revolucionaria violenta una claudicación?**

PR. TIERNO GALVAN.—De ningún modo. Se trata simplemente de adaptar la revolución socialista a las exigencias del medio en que vive. En un ambiente democrático no hay duda de que el socialismo necesita una convivencia con el resto de los demás sectores políticos, para encontrar, especialmente en los países atlánticos, una salida que no encuentra el neocapitalismo, encerrado únicamente en las posibilidades de la mercancía, que dé paso a un nuevo estilo de vida y de moral. Este socialismo, de carácter democrático, es mucho más efectivo, hoy por hoy, que un socialismo construido sobre los viejos criterios revolucionarios, de lucha violenta de clases, etc. Ahora bien, para que el socialismo no caiga en el peligro de la trivialización, hace falta que las organizaciones políticas estén construidas con el criterio de que el Poder es hoy una realidad que tiene importancia en cuanto se administra, y no, simplemente, cuando se posee; el Poder, pues, no puede convertirse en una realidad excluyente, sino en una realidad compartida primero y socializada después.

**CRIBA.—¿Entraña esta convivencia una aceptación del neocapitalismo, como realidad de los países atlánticos?**

PR. TIERNO GALVAN.—Las estructuras neocapitalistas se pueden compartir, pero no aceptarlas creyendo que por su propio desarrollo van a concluir en un socialismo. Es imprescindible comprender que no se pueden quemar etapas, que la Historia no anda a saltos; es preciso ir superando, en el proceso dialéctico, todas las contradicciones, hasta llegar a la fase definitiva, que es la utópica. Cuando históricamente se salta una etapa se puede afirmar que dicha etapa ha de reanudarse; de aquí que el intentar dar un salto en el vacío no tenga ningún sentido. El proceso del socialismo se debe acelerar, pero esto no equivale a aceptar la revolución violenta como único método.

**CRIBA.—Hablando de etapas históricas, ¿no cree usted que podemos asistir a un momento de coleteo histórico de la burguesía, concretamente en España? Esto es, el intento desesperado por fraguar una revolución burguesa inconclusa y frustrada, con utilización, incluso, de argumentos estéticos socialistas que ocupen su vacío ideológico.**

PR. TIERNO GALVAN.—Es muy cierto que la sociedad burguesa ha asumido expresiones, puntos de vista, criterios socialistas, que intenta incluir dentro de los esquemas propios de la sociedad neocapitalista. Este es un peligro que día a día corre el socialismo, debido a que en ciertos lugares se ha suprimido al socialismo su motor utópico. Si el socialismo se hace simplemente un pragmatismo y se convierte en una lucha por aumentar el bienestar de las clases oprimidas para llegar a una mayor igualdad en la distribución de las riquezas, pierde su sentido. El daño que al socialismo han hecho los países nórdicos e incluso algunos partidos europeos consiste en haber entendido que el socialismo era solamente una práctica, habiéndosele quitado el sentido mesiánico, de finalidad utópica, integrada dentro de las posibilidades reales de cada momento. La sociedad neocapitalista se esfuerza por todos los medios en convertir al socialismo en una pura praxis, en una técnica de justicia social, y el socialismo no es eso.

**CRIBA.—¿Queda, pues, algún lugar del mundo donde la revolución socialista tenga su papel justificado?**

PR. TIERNO GALVAN.—Hay diferencias entre la concepción socialista de los diversos países, en función de sus niveles de desarrollo. En un país infradesarrollado, el socialismo está mucho más cerca de los postulados y supuestos de los clásicos en el sentido de cómo veía Marx las posibilidades de la revolución violenta en un caso concreto; aunque no hay que olvidar que el propio Marx entendió que el socialismo revolucionario en Inglaterra no era factible, debido al nivel de desarrollo a que había llegado la sociedad británica.

El Socialismo no sólo se ha fraccionado horizontalmente, sino también verticalmente, por lo que además de los distintos tipos aparecidos, de acuerdo con las condiciones culturales, antropológicas, psicológicas, etc., han surgido otros directamente acordes con las características de la estructura económica de cada país. Hay, pues, una práctica socialista para el subdesarrollo y otra para el desarrollo; lo que no se puede sostener es

que haya un socialismo que esté integrado en la sociedad capitalista.

**CRIBA.—La doctrina socialista, impulsada por ese motor utópico, no excluye a los países en vías de post-industrialismo. En ellos, las reivindicaciones económicas pueden ser fácilmente absorbidas por el sistema, dando lugar a nuevas generaciones que ya no puedan basar su doctrina en peticiones de aquél género. ¿Qué papel juega aquí el socialismo? ¿Cuál es su meta, por encima del dato económico?**

PR. TIERNO GALVAN.—Las reivindicaciones económicas son también la expresión de otras más profundas. Siempre existe una desigualdad que no está provocada por la naturaleza, sino que es producto de la sociedad, y es esto lo que se trata de combatir. La igualdad entendida, simplemente, como una igualdad ante el bienestar no es suficiente; el socialismo pretende que el ser humano deje de estar enajenado; es decir, que sea plenamente libre, en sus decisiones individuales y decisiones colectivas. A esto se opone la presión de las entidades culturales y económicas universales, que gobiernan desde un nivel inaccesible al hombre medio. Ante esta circunstancia, se aprecia que se está produciendo una transformación de la lucha de clases entre pobres y ricos; asistimos, más bien, a una lucha entre dirigentes y dirigidos, ya que éstos no tienen una participación real en las tareas de los primeros. No tiene gran sentido hablar de lucha de clases con valor universal, entendiéndolo que es simplemente una lucha entre miseria y riqueza; la diferencia radical comienza a estar entre una minoría atlántica que monopoliza poder y capital y gobierna a millones de seres, sin que exista relación alguna con el poder superior que las manipula. El desarrollo económico puede convertirnos en explotados con bienestar, sin que esto sea, como a primera vista parece, una contradicción. La lucha de clases, en el sentido clásico, comienza a convertirse en muchos sectores en un fenómeno secundario respecto de aquella desigualdad primaria. Esto no quiere decir que no exista lucha de clases y que su fundamento no sea económico, quiere decir que la lucha de clases tradicional va lentamente cambiando de expresión y de contenido.

**CRIBA.—¿Cuál es para usted el papel de los numerosos grupos extremistas, divididos en posturas radicalizadas?**

PR. TIERNO GALVAN.—En general, estos grupos, como todos los izquierdistas excesivamente radicalizados, pueden tener muchos motivos, pero creo que un motivo básico es que el radicalismo oculta el vacío; en la mayor parte de los casos se trata de actitudes más bien externas e incluso, a veces, de modos de vida estéticamente satisfactorios, de consuelo de mala conciencia... La mayoría de estos grupos no tienen una conciencia clara del proceso revolucionario y sí, por lo general, una voluntad oculta de no compromiso. El extremismo es (en muchos casos) una forma de eludir el compromiso.

**CRIBA.—¿Podríamos hablar de alguna vía socialista vigente que definiera, en cierto modo, el que usted prevé?**

PR. TIERNO GALVAN.—El socialismo no ha conseguido en su proceso de sectorialización, ningún modelo al que se pudieran atribuir caracteres de perfección. Por otra parte, son las condiciones objetivas las que definen lo que debe ser el camino a seguir. Quizá, para nosotros, y los países latinos, lo que está ocurriendo en Chile pudiera ser un modelo sumamente aceptable, en la medida en que por el camino democrático, sin violencias, se ha conseguido el comienzo de una revolución con paz. Se trata de un modelo próximo que no parece que haya perdido su motor utópico y avanza por la vía democrática.

**CRIBA.—¿Y el modelo apuntado por la "primavera de Praga"?**

PR. TIERNO GALVAN.—El caso de Checoslovaquia es peculiar. Hablando con absoluta objetividad y neutralidad, es dudoso confiar demasiado en la experiencia iniciada. Es muy difícil admitir, en principio, que la protesta de Praga tuviese el carácter de modelo. No parece lógico trasladar lo que sólo tiene sentido dentro del Bloque comunista a un país capitalista como modelo a seguir. No creo que en Praga surgiese un nuevo modelo de socialismo, sino un criterio divergente acerca de los métodos de un tipo de socialismo establecido.

**CRIBA.—¿Qué piensa usted de los grupos socialistas "históricos", esto es, de aquellos que se consideran herederos del socialismo español anterior a la guerra civil?**

PR. TIERNO GALVAN.—Desconozco cuál es la realidad práctica y doctrinal de los "socialistas históricos"; no lo sé, porque en cierto modo todos somos socialistas históricos. Ningún socialista olvida sus clásicos y precursores. Menos aún los socialistas españoles. Lo que creo es que no viviendo de una manera intensa, directa y cotidiana los problemas sociales y políticos de un país, hay siempre una óptica desfigurada, que lleva a la quimera. Este quimerismo no invita a la radicalización excesiva, sino simplemente a imaginarse condiciones que no son reales. Me parece que pensar que en España pueda producirse, de una manera inmediata, una situación democrática plena y una participación directa del pueblo en el poder es algo que entra dentro del campo de la imaginación; esos programas en los que se pide la democratización total e inmediata del país suenan a inverosímiles. Me parece que muchos de esos grupos denominados "históricos", incluidos los que están en el exilio que mantienen esas posturas no lo son por exageración, sino por la deformación de su óptica, que no les permite ver la inverosimilitud de ciertos proyectos. Hay que ir a unas soluciones inmediatas mucho más prácticas, más asequibles. Esa es la gran lección histórica del socialismo que ha vivido en España después de la guerra. La aspiración de los hombres que viven el socialismo del interior del país está basada en la convivencia democrática, aceptando las posibilidades de acción política que se ofrezcan, sin que esto implique dejación ideológica. Como además no pretendemos tener ningún monopolio ideológico respecto del socialismo, sino que buscamos en la convivencia el desarrollo de nuestros principios de modo que sean compatibles con las exigencias psicológicas, históricas y materiales del pueblo español, estamos en condiciones no sólo de dialogar con los conservadores, en actitud de comprensión, sino que además podemos asumir en nuestro marco a una multitud de españoles que esperan definirse de un modo claro. No pretendemos tener una legitimidad que la Historia nos atribuya, como si fuéramos una dinastía, frente a otros grupos o personalidades; no es posible excluir dogmáticamente a nadie, haciendo alusión a continuidades históricas, que por otra parte somos los primeros en respetar y compartir. Me atrevo a añadir, concluyendo la respuesta, que confío en que la común experiencia y el buen sentido conduzcan en su día a un socialismo español unido, como tantas veces he dicho.

**CRIBA.—¿La vía que usted apunta no puede aparecer entroncada con el socialismo de De los Ríos, Besteiro, etc.?**

PR. TIERNO GALVAN.—Es evidente; pero como las condiciones han cambiado, sólo puede hablarse de antecesores. El socialismo de hoy en España es el de una sociedad de consumo, en situación de crecimiento, por lo que debe pensarse desde otras perspectivas. Hay ciertos hechos muy claros; el socialismo español de antes de la guerra siempre tuvo deficiencias como instrumento de gobierno, como les ocurrió, de modo general, a las izquierdas en España, que siempre perdieron la baza del orden público. Hoy estamos en una actitud de mayores posibilidades de acción colectiva, con mayor experiencia de lo que puede ser la acción política, como acción política enérgica. Besteiro y otros antecesores partían de unos

principios de moral subjetiva, a veces con carácter de actitud religiosa; estaban muy próximos al krausismo, en algunos casos. Hoy se entiende el socialismo con un carácter más internacional, más europeo, con posibilidades de mayor energía, que no es incompatible con la ética, ya que, al contrario, estaría sostenido por la estructura democrática del país. La debilidad frente al orden público, característica en general de las izquierdas de España, no puede volverse a repetir. Esto es muy importante, porque habiendo como hay en el país una considerable cantidad de núcleos conservadores, que tienen una gran desconfianza respecto de las posibilidades de las izquierdas, incluso del socialismo, con referencia al orden público —criterio consagrado para los conservadores—, conviene que el socialismo entrenado en la postguerra sea capaz de ofrecer una confianza real a esos sectores del país. Es necesario, a través de la polémica democrática, que, cuando el socialismo tenga opción para participar en la política, la practique con una máxima energía, que no es incompatible con la máxima ética.

**CRIBA.—¿No cree usted que esta evolución que ha sufrido el socialismo en la postguerra ha afectado también y positivamente a otros sectores de la vida española?**

PR. TIERNO GALVAN.—Estoy completamente convencido. Es evidente que algún sector de la sociedad española de postguerra, sobre todos sectores constituidos por jóvenes, han ido integrándose en fórmulas socialistas, que, a veces, por paradójico que parezca, han nacido de la propia propaganda del sistema. La explicación de esto es, a mi juicio, que la propaganda del sistema ha hablado sin cesar de igualdad, justicia y revolución; por un proceso individual e incluso colectivo —convivencia en clubs, cursos, campamentos—, estas ideas grabadas en su mente han encontrado su salida normal, para los jóvenes, en soluciones socialistas. Estos jóvenes, que son muchos y forman un sector importante de la sociedad española, tienen capacidad potencial socialista análoga a la que pueda tener cualquier otro sector juvenil aún no encuadrado. No puede decirse de nadie, en general, que está maculado para incorporarse al socialismo. No cabe la exclusión; lo que cabe es la conducta como testimonio y la acción democrática conjunta. Hay que aclarar, no obstante, que negar la exclusión no significa que el socialismo acepte posiciones ambiguas, conductas turbias o bruscos cambios de criterios.

**CRIBA.—Dentro de este panorama de sectores de evolución, ¿cuál es a su juicio la sufrida en el seno de la Iglesia?**

PR. TIERNO GALVAN.—En ciertos grupos, la evolución ha sido considerable, adaptándose al proceso del desarrollo social. En algunos aspectos, el cambio ha sido tan grande que cuesta trabajo verlo como una continuidad de la Iglesia de hace treinta o treinta y cinco años. No obstante, no ha evolucionado para convertirse en una iglesia de izquierdas, sino en el sentido de percatarse de cuál es la realidad española y de cómo puede encajar el Catolicismo en esta realidad de una manera más auténtica. Por lo que se refiere al espíritu de protesta, si la Iglesia responde a un Cristianismo profundo, a mi juicio la protesta tiene que ser permanente, por principio. En este sentido, hay muchos sacerdotes jóvenes que están pidiendo un cambio de las estructuras, adelantándose al proceso del cambio, lo que denota no sólo que es criterio adaptar el Cristianismo a las condiciones de cada caso, sino también buena voluntad.